

—Capitan nuestro.
 —¡Nuestro capitan! ¡Pues y qué ha sido de Pero Rojo?
 —Encomiéndale á Dios; allá se ha quedado en el altozano de los peñascales, atravesado de parte á parte de una lanzada.
 —¿Y quién ha hecho eso?
 —El capitan.
 —¡Vos! exclamó Ciervo-veloz mirando con una incrédula fijeza al caballero del Aguila Roja.
 —¿Me dais licencia para que cuente á este lo que ha sucedido mientras enciendo fuego y pongo la sarten para hacer con este cervato un cochifrito que nos vendrá muy á punto, porque la gente no ha comido hoy en todo el dia?
 —Contad, dijo el caballero del Aguila Roja.
 Y levantándose, se dirigió de nuevo al lecho y se echó en él.

CAPITULO II.

EN QUE FARFAN CUENTA COMO SE HIZO CAPITAN DE UNA BANDA DE
 AVENTUREROS AMBIGUOS EL CABALLERO DEL AGUILA ROJA.

Descolgó Farfan una descomunal sarten y unas trévedes no menos descomunales, las puso en el hogar, y despues, tomando leña de un ángulo, la puso debajo; echó en la sarten la grasa del cervato, y mientras hacia esto, puesto en cuclillas junto á la sarten, empezó del modo siguiente:

—Hace cuatro dias amaneció muy mal para nosotros: Pero Rojo habia acabado con sus últimos maravedises, y ni teníamos pan, ni vino, ni gracia de Dios que llevar á la boca.

Inútil era recurrir á la montería: las reses han sufrido un tal mate, que no se ve una por el mundo; y lo que es á los frailes de la Abadía del Abrojo es inútil ir á pedirles nada, porque en cuanto ven asomar gente estraña, como están ya tan escarmetados, y como en estos tiempos no se sabe quién es el que se presenta á caballo con la loriga acuestas, embrazada la adarga y terciada la lanza, levantan el rastrillo, coronan de ballesteros

los adarves, se ponen de uñas, y es mucho mas fácil pescar un ballestazo que una limosna.

No habia que pensar en los padres benitos; y á mas, que como les hemos hecho algunas malas pasadas, nos tienen con razon ojeriza, y se alegrarian de que nos acercáramos á las murallas de su abadía y nos dejáramos acribillar.

A las villas inmediatas es inútil ir; se han armado hasta los dientes: no habia, pues, salida, como no nos aplicáramos á comer yerba ó bellotas, porque ni ganados quedan: los de Lacerda, cuando pasaron por aquí, arramblaron con todo.

Yo dije á Pero Rojo:

—Vámonos á otra comarca, ya hemos abrasado esta; lo que nosotros no hemos abrasado, lo han abrasado otros; todos sus habitantes están resueltos á defenderse; somos pocos para vivir por la fuerza, y vamos á perecer aquí de hambre. Además, que los que hacen camino, como saben que andamos por aquí, vienen bien resguardados.

—¿Y adónde iremos que no acontezca lo mismo? dijo Pero Rojo; hagamos un esfuerzo, y vámonos sobre Renedo, que con la peste que se ceba en ella y con la gente que ha enviado á Valladolid á la reina, y por ser villa abierta, y con un castillejo de mala muerte, no puede resistir á veinticinco buenos mozos como nosotros.

II.

Detúvose Farfan, porque derretida ya la grasa, estaba á punto de recibir el despedazado cervato.

—Pues señor, dijo Farfan volviendo con tasajos de carne que arrojó en la sarten; todos aprobamos la determinacion de Pero Rojo, porque ya sabes que nunca hemos rehuido el peligro, nos echamos encima las lorigas y las armas, nos fuimos al barracon de los caballos, los sacamos, los encubertamos y partimos.



LA BUENA MADRE.

Descolgó de su arzon una hacha de armas.....

Salió el sol cuando salíamos de la selva, y héte aquí que á lo lejos, sobre el camino, nos hirieron la vista vivos destellos como los del sol que da en las armas bruñidas.

—Caballeros noveles tenemos, dijo Pero Rojo, porque no han usado bastante los arneses para que se les empañen. Estos tales no salen al campo sin dineros; vámonos sobre ellos, que puede ser que nos escusemos la empresa de Renedo.

Picamos largo á los caballos, y salimos como una tempestad. A medida que nos acercábamos descubríamos mejor al enemigo.

Este era pequeño en número; cinco hombres de armas.

Al vernos se detuvieron.

Pero Rojo, cuyo caballo era mejor que los nuestros, y que se embravecía como sabes á la vista de una presa, nos llevaba mucha delantera.

De improviso, uno de los ginetes contrarios se lanzó al encuentro de Pero Rojo á rienda suelta, y le tomó de tal manera, que falseándole la adarga, las fajas de acero y la loriga, le arrojó por la grupa del caballo, y no se levantó mas.

Nosotros, que habíamos visto aquello á una buena distancia, ansiosos de venganza agujijamos los caballos.

El que habia matado á Pero Rojo, que habia perdido la lanza, que se quedó sujeta en el cuerpo de nuestro capitán, descolgó de su arzon una hacha de armas, y auxiliado por sus cuatro ginetes, se lanzó sobre nosotros.

III.

—¿Y qué sucedió? dijo Ciervo-veloz.

—Nada, contestó Farfan, porque al verle de cerca, no sé cómo fué, pero todos refrenamos los caballos, y aún creo que recejamos; nos dieron miedo los ojos del capitán.

—En verdad, en verdad, que el capitán tiene en los ojos algo del otro mundo, dijo Ciervo-veloz.

—Yo no sé si lo que tiene en los ojos cuando mira como nos miraba entonces es cosa del otro mundo ó de este; lo que sé es que yo, que no he temido ni temo á un rayo, me espanté, y lo mismo debió suceder á los otros; me pareció que no podía con el capitán; no sé por qué me pareció esto, pero así fué.

Al ver que nos deteníamos, el capitán se detuvo, y al detenerse se detuvieron los suyos.

—¿Quiénes sois? nos preguntó tranquilamente.

—Somos los Hermanos de la Selva, contesté yo.

—¿Era vuestro capitán ese que he muerto?

—Sí, le respondí.

—¿Adónde ibais?

—A Renedo.

—¿A qué?

—Por dinero.

—¿Os paga sueldo la villa de Renedo?

—No.

—¿Ibais pues á entrarla?

—Sí.

—Volveos; si tenéis hambre y queréis dinero, tomad.

Y echando mano á unas alforjas que llevaba á la grupa, arrojó á los piés de mi caballo algunos puñados de oro.

IV.

Figúrate tú lo que pasaria por nosotros al ver relucir buenas doblas de oro de las viejas.

Nos convenia un capitán, que mas valiente ó mas fuerte ó mas afortunado que Pero Rojo, le habia despenado con un solo bote de lanza.

Antes de apearne para recoger el dinero, le dije:

—¿Vais vuestro camino?

—Yo no tengo camino, me contestó; duermo donde me coge la noche, si no en meson ó pueblo porque á ellos no haya llegado, bajo un árbol: en amaneciendo cabalgo, y con estos cuatro escuderos camino á la ventura: no tengo patria, y tanto me da estar aquí como allá.

—Pues caballero aventurero sois, dije yo, y nosotros tambien lo somos.

—Yo no salteo á los que van por su camino, ni enristro mi lanza sino contra quien me acomete.

—¿Y á quién servís? dije yo.

—Ahora me sirvo á mí mismo.

—¿Andais huido?

—Puede ser.

—¿Quereis, en vez de tener cuatro escuderos, tener veintiocho?

—Quiero gente brava y honrada.

—Si somos bravos, ya tendreis ocasion de conocerlo, y si nos quereis honrados, con tal de que nos deis buen sueldo, no tendremos que buscar lo que nos falte.

—¿Dónde parais?

—En la Selva del Abrojo.

—Pues guiad á la selva.

—¿Y nuestro pobre capitán difunto?

—Enterradle, cobrad su caballo y poned en él sus armas.

En muy poco tiempo concluimos.

Desnudamos á Pero Rojo, le enterramos en el altozano, rezamos por él y rezó por él quien le habia muerto un Padre nuestro y un Ave María, y nos vinimos con nuestro nuevo capitán.

Ahí está el arnés de Pero Rojo y junto á él la lanza que le mató, y allá la cobertura de su caballo, y su tabardo, su sobrevesta y su gorra, que es lo único que de él ha vuelto á entrar en su cabaña.

V.

—¡Diablo! dijo Ciervo-veloz; espera.

Y tomando del fuego una tea, se levantó y se acercó adonde estaba colgado el arnés.

Al acercarse vió al caballero del Aguila Roja reclinado en el lecho sobre uno de sus brazos, y encontró su mirada fija y lúcida.

—Perdonad, dijo; pero si mirábais así cuando veníais hacha en mano contra los compañeros, entiendo lo que ha sucedido; y aunque Farfan no se acordó de mí para ponerme á vuestro sueldo, sin duda porque para Farfan no hay ni muertos ni idos, yo me ofrezco por vuestro escudero: y ahora dejadme ver por donde le entró la muerte á Pero Rojo.

Y alzó la tea.

En el costado derecho del coselete, en medio de una de sus fajas, habia una abertura triangular.

En la adarga habia otra abertura semejante. La moharra de la lanza no relucia, estaba cubierta por una capa de color rojo oscuro.

—Pues algo mas que su arnés y que la cobertura de su caballo y que su sobrevesta ha entrado aquí de Pero Rojo; ha entrado parte de su sangre seca en el hierro de esa lanza; y perdonad otra vez, capitán, pero parece mentira que con una mano tan pequeña hayais falseado una adarga y un arnés tan fuertes. Estoy dispuesto á contaros todo lo que pasa.

Y se volvió al hogar, arrojó la tea al fuego, y se sentó.

Farfan, con el aplomo de un cocinero consumado, revolvia en la sartén que chirriaba los tasajos del cervato.

CAPITULO III.

EN QUE SE SABE EL ENCARGO QUE HABIA TRAIIDO DE VALLADOLID CIERVO-VELOZ, Y EL CABALLERO DEL AGUILA ROJA CUENTA LA HISTORIA QUE VERAN NUESTROS LECTORES.

Levantóse el caballero, se acercó al hogar y se sentó.

—Hablad, dijo á Ciervo-veloz.

—Pues habeis de saber, dijo este, que nosotros somos unos buenos hombres que preferimos el oficio de aventureros libres, dispuestos á servir á quien mejor nos pague, á estar echando el alma sobre el terruño para no sacar mas que miseria.

Cada uno de nosotros ha servido sabe Dios á cuántos señores, y por último, como ahora parece que se han avenido con la reina el infante don Juan y el señor de Vizcaya y el señor de Lara, y que va á haber paz, nos encontramos con que el infante don Juan á quien habíamos servido, dijo á Pero Rojo en Valladolid:

—Ya no soy rey, me someto á mi sobrino el señor rey don Fernando; no os necesito, y os dejo en libertad para que sirvais al que os necesitare.

Esto era lo mismo que decimos: id, y buscaos la vida.